

tes de impuestos : despues de la batalla de Iso, hizo sepultar á todos los muertos á presencia de todo el ejército armado, y él mismo pronunció la oracion fúnebre; despues distribuyó dones á cada uno segun su mérito. Pero Aténas tenia todavía para los suyos las oraciones de Demóstenes.

Los campamentos, segun algunos, se disponian en forma circular, figura que tiene mayor superficie sobre un desarrollo igual; todos los caminos concluian en el centro, desde donde el general podia dirigirlo todo. Pero esto se opone á la regla de acampar siempre segun el orden de la batalla para encontrarse dispuestos en caso de sorpresa. La infanteria segun nuestra costumbre vigilaba en el interior y la caballeria hacía las rondas en los contornos; algunas veces se rodeaban de un parapeto y foso, sin las precauciones de los Romanos; y como preferian los puestos fortificados por la naturaleza, debian segun estos variar las disposiciones del campo. Usaban palabras de mando, y señales militares, de las cuales, así como de los asedios y de las estrategias, hablaremos al tratar de los Romanos.

Los Griegos no se señalaron en la guerra como en las demas artes, en razon á que no tenían ejércitos permanentes, y á que el perfeccionamiento requiere medios y desarrollos mucho mayores que los que tuvieron aquellos pequeños Estados. En efecto, en Maraton combatiéron diez mil Atenienses; en Platea ciento diez mil, bien que se unieron todos los Griegos y se contaron entre ellos treinta y siete mil Iotas espartanos (1). Esparta, si bien se puede decir que formaba toda ella un ejército permanente, no podia perfeccionar el arte por su respeto á las costumbres antiguas, además de faltarle siempre un gran general. En Aténas el ejército de tierra quedó inferior al naval. El general no estaba nunca solo en el mando, y lo era por brevisimo tiempo porque las divisiones políticas correspondian á las militares, y el jefe de la tribu ó de la hermandad llegaba á ser también comandante en la guerra. La falta de sueldo, á lo ménos en los primeros tiempos, hacía mas independientes á los soldados, en lugar de reducirlos á máquinas dirigidas por el general. La escasez de buena caballeria era otro obstáculo á los progresos. En general su mérito consistia siempre en la táctica propiamente dicha, así como en aquella formacion y disciplina que se limita casi al campo. Por lo demas, no conocieron las grandes combinaciones estratégicas, y en las largas guerras solo prosperaron por grandes ímpetus de heroísmo. Así los Griegos nos enseñaron la táctica, los Romanos la estrategia; genio de aquella era la resistencia, de la romana el ataque.

Así se puede comprender cómo entonces la intencion se dirigia hácia la batalla; y excepto en algunos casos en que se procuraban dila-

ciones como en la guerra del Peloponeso y en las de Fabio Máximo, siempre se trataba de encontrar al enemigo sin los largos rodeos que hoy hace posibles la artilleria.

§ 8. BATALLAS PRINCIPALES DE LOS GRIEGOS.

Herodoto es poeta, y las batallas que nos describe son maravillas de valor personal mas bien que pruebas de ciencia; por eso en Platea y Maraton admiramos el heroísmo sin que busquemos la instruccion. Pero ya se ve cuánto ayudó la falange al pequeño número de los que combatian con arte, para equilibrar la fuerza de la multitud que atacaba con furia. En Maraton, Milcíades persuadió á sus colegas á que le cediesen á él solo la direccion de la batalla, y el resultado fué atacar al enemigo. En Platea el jefe de los Persas prevalecia en táctica, pues que consiguió privar del agua y los víveres á los Griegos, además que estos, escasos de caballeria, frente á un enemigo que la tenia en abundancia, encontraban obstáculos á cada movimiento; así la victoria, mas bien que las combinaciones estratégicas, se debió al ímpetu de los Espartanos y Tegeos. Tucídides suministra mejores informes, pero se trata principalmente de la política y de los asedios. Jenofonte guerrero nos coloca verdaderamente en los campos, y por él podemos saber cuál era la táctica griega. Acompañémoslo á Leuctra (371) y Mantinea (363).

En la primera tenian los Tebanos seis mil cuatrocientos combatientes; los Espartanos aliados veinticinco mil; el campo era una llanura. Habiéndose aproximado á pocos centenares de pasos, los dos ejércitos se colocaron paralelamente, de modo que los Tebanos siendo ménos, eran superados en longitud á la derecha; la caballeria, en vez de estar en las alas, parece que fué unida en un solo cuerpo, protegiendo una de las extremidades de la infanteria. Comprendiendo el peligro de atacar de frente á fuerzas tan superiores, Epaminondas tomó el partido de acercarse al enemigo con sola la parte izquierda, dejando todo el resto de reserva, y para dar mayor empuje, formó un gran cuneo cuadrangular en esta extremidad con cincuenta hombres de profundidad; los trescientos escogidos protegian el flanco izquierdo; las tropas ligeras, dispersas como guerrilleros, se movieron de esta manera sobre el enemigo. Los Lacedemonios, que al principio no advirtieron el movimiento, pronto hicieron avanzar una falange para oponerseles; pero habiendo llegado á las manos, la caballeria tebana rechazó á la espartana sobre la falange, á la cual puso en desorden, destrozó y atravesó, mientras los trescientos perseguian á los fugitivos; de modo que los Espartanos al ver el desorden de la derecha y creyéndolo todo perdido, ya no resistieron.

Este es el orden oblicuo, que tanto sirvió en

muchas batallas; es decir, el hacer fuerza sobre uno ó dos puntos con superioridad de accion. Grandes elogios merece Epaminondas por haberlo inventado, y sabido mover á un mismo tiempo todo el ejército en el instante en que el efecto era seguro. Reprodujo su invencion en Mantinea contra las fuerzas unidas de Espartanos, Mantinienses y Atenienses, moviendo á los suyos en una sola columna, á cuya cabeza estaban los hoplites elegidos. Los Lacedemonios, al verle llegar á las alturas que dominaban el llano de la batalla y colocar la caballeria en las alas, creyeron que queria acampar; pero en lugar de esto, se lo encontraron encima, y atacando de punta contra el centro de los Espartanos, los dividió en dos, mientras la caballeria ateniense estaba sujeta por la de los Tebanos. La flexibilidad de los cuerpos tebanos permitió á Epaminondas volver á probar felizmente este orden oblicuo, mientras los Espartanos no supieron oponerle obstáculos á pesar de las lecciones recibidas en otras ocasiones. Él, pues, encontró y desarrolló el principio de la táctica, ó sea el modo de emplear una parte del ejército, dándole posicion y movimiento calculado, de modo que no tenga que temer del mayor número del enemigo: esto se podia efectuar, porque supo dar á las tropas una grande agilidad para las maniobras.

§ 9. LOS MERCENARIOS. — JENOFONTE.

Poco despues se introdujeron en Grecia las tropas mercenarias, no solo para apoyar á los tiranos, sino para el servicio de las ciudades libres. Los ciudadanos, acostumbrados á la vida sensual, querian emanciparse de las obligaciones de la milicia; los muchos que se habian empobrecido en la guerra del Peloponeso, buscaban sus ganancias con las armas; los subsidios que pagaban los Persas ofrecian medios de asalariar tropas. Despues los mismos Persas tomaron á sueldo Griegos que á millares iban á alistarse, siendo muy bien pagados, y contra esto declamaron muchas veces Demóstenes, Isócrates y todos los buenos patriotas.

Combatiendo fuera de su país, ya no bastó su táctica primera, y hubieron de aprender la estrategia. El hecho mas memorable fué la conducta de los que iban con Clearco al servicio de Ciro el Joven. (NARRACION IV, 15.) Sobre esta retirada nos queda uno de los mas curiosos documentos del antiguo arte militar escrito por Jenofonte.

Eran poco ménos de diez mil, y tomaron el camino formando un cuadrado de cuatro falanges, de las cuales dos marchaban de flanco y dos de frente: en el centro iban los armados ligeros, las acémilas, los esclavos y algunas mujeres. Quemaron los carros y todos los bagajes que podian estorbarles, hasta las tiendas; se dividieron las cosas útiles; solo conservaron las mejores acémilas. Muy pronto se

encontraron sin ayuda de amigos y molestados por los enemigos, en país llano y continuamente perseguidos por la caballeria de Tisaférnes. Entónces conocieron cuán mal se marcha en batallon cuadrado teniendo el enemigo á las espaldas, porque debiéndose restringir en los pasos estrechos, los soldados no podian mantener el puesto. Se formaron despues seis escuadrones de cien hombres, que reparaban el desorden ocupando los vacíos. Este fraccionamiento sirvió de mucho en las marchas por la montaña, formando cincuenta escuadrones, dividiendo en tres los armados á la ligera y los arqueros.

Al pié de las montañas de los Carducos, se encontraron sin puentes para pasar el Tigris que costeaban, sin camino para seguirlo y perseguidos por Tisaférnes: de modo que era preciso transitar por las montañas. Así lo hicieron, y los Persas no pudiendo seguirlos entre aquellas gargantas, se volvieron á aguardarlos en la desembocadura del Rio Géntis en el Tigris, donde cogidos en medio esperaban vencerlos. Pero su designio no tuvo efecto, y los Griegos pudieron proseguir la retirada sin estos perseguidores, ni mas dificultades que las de aquel áspero país.

En estas marchas la experiencia enseñó á Jenofonte á hacer ocupar las cumbres por los armados á la ligera para tener á la vista al enemigo, y tan léjos que no alcanzasen los dardos á la falange; despues aprendió á acampar regularmente, á escoger posiciones ventajosas, á marchar en orden para no caer desprevenidos en manos del enemigo; aborrrar los víveres que encontraban, y llevar para muchos días; tener fuegos, coger los espías del enemigo para que les sirviesen de guias: en suma, cada paso llegaba á ser una nueva leccion. Aprendió que en tiempo de frios y hielos se debe tener á los soldados léjos del fuego, y mantenerlos bien; que conviene hacer marchar por la noche á los de armadura pesada, despues la infanteria armada mas á la ligera, y por último la caballeria, porque así al día se encontraran juntos, mientras que si la caballeria precediese, al llegar el día se encontrarían separados un gran trecho.

Aquel ejército no era diferente del de nuestros guerrilleros de la edad média. En un siglo de guerras, las inclinaciones militares estaban difundidas en Grecia, de tal modo que se buscaban ocasiones de combatir, sirviendo á este ó aquel, sin fijarse en la justicia de la causa; y á una injustísima usurpacion habian dado entónces su apoyo. La batalla de Cunaxa (401 antes de C.) está referida de diversos modos por Jenofonte, Diodoro y Plutarco, por relaciones de Ctesias, historiador que asistió á ella como médico de Artajerjes. Extrañísima sería la maniobra indicada por Jenofonte, segun la cual los diez mil infantes griegos, con armaduras pesadas, en perfecta línea, pusiéronse á la carrera sin descomponerse, cargaron á la caballeria en campo raso y la hicieron retroceder. Plutarco nada dice de esto. No parece ménos increíble el tránsito por el Rio Tigris sobre odres atados entre

(1) II HERODOTO, IX.

si y con piedras que servían de áncoras, sobre los que se extendían faginas y tierra, de modo que cada odre sostuviese dos hombres. La misma marcha fué extrañísima, no comprendiéndose por qué los Griegos en vez de volver á tomar el camino del Sudeste al Noroeste, mas recto, breve y conocido, declinaron al Oriente y despues doblaron hácia el Norte.

Jenofonte sacrificaba víctimas cada trecho, por lo que le criticaron que no economizase víveres preciosos, él que al fin se vió obligado á vender hasta su propio caballo. Mas por una parte, probablemente se comerían despues las víctimas, de modo que todo se reducía á matarlas con ceremonias y quemar algunos de sus despojos; y por otra, esto sostenía la constancia de sus soldados con la esperanza del auxilio del Cielo.

Esta es la primera narracion de retiradas, empresas en que tanto atrae el ver al hombre no lanzarse al combate por ambicion, avaricia ó heroísmo, sino sujetarse al imperio de la necesidad.

§ 10. ALEJANDRO.

Alejandro Magno aprovechó todos los adelantos de la táctica griega para aplicarlos á una vasta estrategia que nunca se habia conocido. Guerreando en las llanuras del Asia pudo reunir dos difalanganquias, de donde viene la tetrafalanganquia, último término de aumento de la formacion en falanges. Partió para Asia con doce mil Macedonios, siete mil aliados, cinco mil mercenarios, todos á pié, mandados por Parmenion; cinco mil Odrisos, Triballos é Ilirios, mil arqueros agrianos, mil quinientos caballos macedonios, mandados por Filotas, hermano de Parmenion, mil quinientos de caballería tesala al mando de Calante, hijo de Harpalo, seiscientos caballeros griegos al de Erigio, novecientos precusores de Tracia y Peonia bajo las órdenes de Casandro: entre todo treinta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos. Reforzó su ejército con toda clase de caballería, la cual le ayudó mucho. Habia formado una tropa de *dimacos* con armaduras mas ligeras que las de los hoplites y mas pesadas que las de los caballeros, y que combatían á pié ó á caballo como nuestros dragones. Tuvo tambien toda clase de armados á la ligera, arqueros á pié y á caballo, saeteros, honderos, batidores de campo á caballo; un cuerpo de infantería y caballería para su guardia, formado de heteros, es decir, amigos todos Macedonios; los de mejor nacimiento eran los de á caballo, y los mas altos ó forzudos de á pié. La caballería formaba ocho islas, no se sabe de cuántos hombres, cuyos hilarcas eran elegidos entre los amigos de Alejandro, pero no daban nombre á las islas, que se intitulaban la *basilica* ó real, la *lagea* por Ptolomeo Lago, la *antemusiadea* por Antémus, ciudad macedonia, y la *apolonia*. Son famosos sus *argiraspides*,

esto es, los que llevaban escudo de plata, que eran veteranos sexagenarios. El nombre de *agema* dado á este cuerpo parece derivado de un signo distintivo que tenia tambien la caballería.

Luego que llegó á Sesto, se embarcó acompañado de ciento sesenta triremes y muchos buques de trasporte, sirviendo él mismo de piloto en su propia nave. Si los enemigos hubiesen escuchado á Memnon de Ródas, y devastado el país evitando la batalla, es indudable que se hubiera arruinado aquel ejército impetuoso, pero desprovisto y en país enemigo. Alejandro procedía en columna formada con la doble falange que marchaba por flanco, protegida en las alas por la caballería; detras venían los bagajes. En el Gránico, á pesar de las precauciones tomadas por Memnon, se determinó á pasar el vado; rompió la corriente con sus escuadrones para facilitar el paso á la infantería, y esperando vigorosa resistencia en la otra ribera, cortó el río oblicuamente, con lo que tomó una posición para oprimir al enemigo con todas las armas arrojadas de su columna, y formar prontamente la línea de batalla. Memnon, no se sabe por qué, tuvo inactiva su infantería y dejó fácil victoria á Alejandro, para quien fué la mayor fortuna la muerte de Memnon. De nuevo Alejandro encontró á Darío cerca del Iso, valle de la Cilicia, cerrado al Norte por los montes, al Sur por el mar, en un llano cortado por el Pinaro, y le venció.

La expedicion de Alejandro no era solo un juego de táctica, sino que allí se ve una estrategia regular y un plan bien concebido. Siguiendo este plan, despues de la victoria del Gránico, en lugar de perseguir á los enemigos se bajó á conquistar las ciudades marítimas, importándole conservar libre su paso, é impedir á los enemigos armar escuadra en el Mediterráneo. Así tambien despues de la batalla de Iso siguió ocupando las ciudades marítimas. Memorabile es sobre todo el asedio de Tiro, del cual ofrecemos aquí la descripción segun Diodoro (lib. XVII), porque nos informa minuciosamente de los extrañísimos medios de ofensa y de defensa.

« Alejandro, marchando hácia el Egipto, llegó á la Fenicia, y se declararon por él todas las ciudades, y muchas espontáneamente: solo los Tirios, queriendo él sacrificar á Hércules Tiro que entre ellos tenia un templo famoso, le negaron obstinadamente su entrada en la ciudad; desde este momento bajó á amenazarlos con las armas. No por esto se intimidaron, antes bien, dispuestos á sostener un asedio, creyeron que con esto se granjearían la gracia de Darío y obtendrían grandes dones mostrándole tanta constancia de benevolencia y fidelidad, mayormente cuando distrayéndose Alejandro en tan largo y peligroso asedio, proporcionaban á Darío la ventaja de rehacer el ejército y prepararse á ulteriores empresas: tanto confiaban en lo bien fortificada que estaba su ciudad, y en los copiosísimos medios de defensa que tenían prontos,

asi como en los socorros que esperaban de los Cartagineses, de los cuales traían su origen. Pero el rey, aunque conocia que era difícilísima la expugnacion de la ciudad, tanto por la parte del mar, teniendo las provisiones que los Tirios tenian para cuanto pudiese ocurrir en la defensa de las murallas y la ventaja de una escuadra fabricada allí, como por la parte de tierra, porque la ciudad estaba distante cuatro estadios del continente, pensó que era mejor sostener cualquier fatiga y peligro que el que una sola ciudad tuviese el orgullo de despreciar el poder de los Macedonios. Hizo, pues, demoler la llamada vieja Tiro, y con los millares de piedras que se sacaron formar un dique de dos plectros de largo; obra que se ejecutó pronto, porque para ella llamó á todos los habitantes de las ciudades vecinas.

« Los Tirios, aproximando sus naves á aquel dique, se mofaban del rey y le insultaban diciéndole si por ventura se creía mas que Neptuno. Pero cuando vieron que el dique crecía, decidieron mandar á Cartago á los niños, mujeres y viejos, y los jóvenes y hombres quedaron para defender las murallas y combatir en las naves, de las cuales tenian ochenta triremes. El trasporte de la gente inútil á Cartago pudo á lo ménos efectuarse sin impedimento del enemigo; pero no fué posible impedir que se construyese el dique. Por lo que siendo inútil el servicio de las naves, tuvieron que prepararse de otro modo á sostener el asedio. Tenian gran cantidad de catapultas y otras máquinas para rechazar los asaltos; pero tuvieron que hacer otras; no hubo en esto dificultad, porque en Tiro abundaban grandemente los artifices. De estas máquinas, pues, y de otros subsidios de guerra, de variado y nuevo género, se prepararon por este medio, y pudieron llenar el circuito interior de las murallas, y principalmente por la parte en que estaba construido el dique. Ya este por los Macedonios habia llegado á tiro de dardo de la ciudad, cuando los dioses mostraron formidables prodigios á los ánimos inciertos de lo futuro. Desde alta mar una ola llevó al dique una fiera de monstruosa grandeza, la cual cuando llegó no hizo daño; pero colocó parte de su cuerpo sobre el dique por no poco tiempo; la novedad del espectáculo dió mucho pavor y excitó pensamientos de augurio en la mente de uno y otro partido, queriendo cada uno que aquello fuese la señal con que se les prometían los socorros de Neptuno. Pero todavía otros prodigios vinieron á turbar la multitud. Cuando los Macedonios fueron á partir los panes para comer, los encontraron de color de sangre. Entre los Tirios hubo uno que dijo que Apolo le habia declarado en una vision, que iba á ausentarse de su tierra. El vulgo sospechó que fuese una ficcion para favorecer á Alejandro, y los jóvenes de la ciudad querían apedrearle; pero los magistrados creyeron que debían sustraerle á aquel peligro, y tuvo tiempo para refugiarse en el templo de Hércules. Los Tirios entre

tanto, movidos de la supersticion, ataron al pedestal con cadenas de oro la estatua de Apolo para impedir á aquel dios que saliese de la ciudad.

« Al paso que crecían las obras del dique, crecía el terror en el corazón de los habitantes de la ciudad. Estos prepararon muchas barcas con catapultas y otras máquinas de disparar saetas; llenaron otras de arqueros y honderos, y con este aparato atacaron á los que trabajaban al rededor del dique, y gran número quedaron muertos y heridos, porque atacando á una turba desordenada de gente inerme, no hubo golpe que diese en vago. Alejandro, para reparar este daño que no habia previsto, hizo armar cuantas barcas tenia, y puso los soldados mas listos, de los que él mismo se hizo el capitán, y con gran solicitud fué al puerto de Tiro para cortar por aquel medio la retirada á los Fenicios que habian atacado á los operarios del dique. Viendo este peligro y temiendo que si el rey se posesionase del puerto, fácilmente podria tomar la ciudad, entónces despojada de defensores, con gran presteza se dispusieron á volver. Fácil es conjeturar con cuánta fuerza se daría á los remos por una parte y otra, para llegar á sus diversos intentos. Y como los Macedonios estaban ya para entrar en el puerto, poco faltaba para que todos los Fenicios se perdiesen. Pero estos se abrieron camino con suma gallardía, y pudieron entrar salvos en la ciudad, aunque con la pérdida de sus últimas naves. Alejandro, perdida la esperanza de este golpe, redobló sus esfuerzos para terminar el dique comenzado, y poniendo estas naves delante del mismo, defendió de ulteriores daños á los operarios.

« Aquel dique estaba ya por fin muy cerca de la ciudad, cuando levantándose un violentísimo viento, alzóse con tanto furor el mar que las olas derribaron gran parte de la obra. Este desastre turbó á Alejandro, que casi se arrepintió de su emprendido asedio. Pero excitado por el amor de la gloria, hizo cortar en los montes una cantidad de grandísimos árboles y trasportarlos á aquel lugar, con los cuales, con sus ramas y con tierra sobrepuesta, cerró las aberturas del dique y refrenó el ímpetu de las aguas. Obtenido esto y estando ya el dique bajo los muros de la ciudad, levantó sobre él las máquinas á modo de fortaleza y con piedras comenzó á romper las murallas, y con las flechas y los dardos de las catapultas á arrojar á los enemigos de todas las torres. Á la obra de las máquinas se agregaba la de los honderos y saeteros del ejército, los cuales mirando mas particularmente á los que estaban en las alcañas, torres y lugares de defensa, les herían gravemente.

« Pero los Tirios maestros en las cosas del mar y provistos de artifices y maquinistas, se iban reponiendo con singular industria. Habian inventado contra las saetas de las catapultas ciertas ruedas con rayos, que girando con mucha velocidad, venían á despedazar una parte